



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Final de Grado

El Duelo:

Los niños/as y la muerte

Un enfoque psicoanalítico

Lucía Rodríguez

C.I: 4.769.498-5

Tutora: Mag. Gabriela Bruno Cámares

Revisora: Mag. Verónica Pérez Horvath

-Montevideo, Diciembre de 2020-

A los efectos de que la monografía no resulte legiblemente engorrosa, se advierte al lector que se empleará la utilización del término genérico niño/niños, en tanto comprende e incluye también niña/niñas.

Índice

Resumen.....	4
Introducción.....	5
Capítulo I.	
La muerte desde una visión antropológica.....	7
Capítulo II.	
Conceptualizaciones psicoanalíticas sobre el duelo: Freud, Lacan, Allouch, Klein.....	10
Cap. III.	
El duelo en los niños, ¿El infante duela?.....	16
III.I. Características del duelo en la infancia.....	17
III.II. Pérdida del padre o la madre.....	20
III.III. Niños con lenguaje-sin lenguaje / Ausencia-presencia.....	21
III.IV. Sobre los adultos: Silencios o palabras.....	22
Cap.IV.	
Los niños y la muerte.....	25
Consideraciones Finales.....	29
Referencias Bibliográficas.....	31

Resumen

El presente trabajo de carácter monográfico constituye un abordaje sobre la teoría del duelo en niños, desde el psicoanálisis. Y ligado a esto, se plantea un acercamiento a la temática de los niños y la muerte.

En una primera instancia, se desarrolla el tema general sobre el duelo. Indagando aspectos tales como: ¿Qué significa la pérdida de un objeto amado?, ¿Cuál es la función del tiempo?, etc. Para ello, se toman autores relevantes desde el enfoque psicoanalítico, a saber: Freud, Lacan, Klein, Allouch.

Luego se destacan algunos aportes conceptuales sobre el duelo en niños. Se presentan lineamientos generales como: la forma en que el niño transita el duelo (en plena construcción de su psiquismo) y en estrecha relación, se despliega la temática de los niños y la muerte, haciendo hincapié en el miedo y los impactos que genera la muerte en ellos.

Se visualizan diferentes posicionamientos al momento de mencionar la edad en la que se duela. Se observan diferencias y similitudes en cuanto a las características del duelo en niños, así como también diferencias con el duelo adulto. La falta del significante en el niño, en ocasiones deriva con malestar en general a nivel orgánico y regresiones, implica que adulto adopte un rol más atento y genere un vínculo más estrecho con el niño, ya que éste aún permanece en plena construcción del psiquismo. Cuando el niño logra simbolizar, ligar la palabra a la representación, el proceso del duelo toma otro sentido.

En último lugar, se plantea una línea de interrogantes, dejando abierta la temática, ya que aún existen más incertidumbres que certezas y mucho para continuar investigando en esta área.

Palabras clave: Duelo- miedo a la muerte

Introducción

Esta producción conforma el trabajo final de grado, enmarcado en la finalización de la Licenciatura en Psicología, de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República. La misma aborda el duelo - los niños y la muerte, desde un enfoque psicoanalítico.

Durante mi recorrido por la institución, siempre intenté cursar asignaturas relacionadas al psicoanálisis. Considero de suma relevancia los aportes de Freud y Lacan como los exponentes más emblemáticos en esta línea, sin embargo, en la actualidad también se destacan autores que de alguna manera, han tratado temáticas propias del S.XXI basándose en la misma teoría.

En este caso, el tema de duelo en los niños no es casualidad, me resultó atrapante la temática al concurrir a seminarios que trabajaban con ésta matiz. Siempre despertó mi interés, por pensar en el niño como una persona vulnerable, frágil dependiente, algunas interrogantes iniciales para comenzar con la búsqueda bibliográfica fueron: ¿Un niño duela? ¿Cómo es el trabajo de duelo en un niño? ¿Hay una relación entre el proceso de duelo y el miedo a la muerte? ¿Hay ciertas edades para hablar del duelo? ¿Qué rol cumplen los adultos? ¿Y si fallece un padre/madre? ¿Sienten miedo a la muerte? ¿Entienden lo que es la muerte? Estos lineamientos fueron los que me impulsaron a desarrollar la propuesta aquí planteada.

A continuación se desarrollan cuatro capítulos: el primero, trata sobre la muerte desde una visión antropológica, realizando un recorrido a partir de la historización de la muerte, a modo de introducir al lector en la temática. El segundo capítulo: aborda conceptualizaciones del duelo en general, desde el psicoanálisis tales como: la pérdida del objeto de amor, sus consecuencias y los estados por los cuales se atraviesa. Allí se despliegan soportes teóricos de Freud, Lacan, Klein y Allouch. El tercer capítulo, desarrolla lo que refiere propiamente al duelo en niños. Existen diferentes posiciones sobre el inicio de la capacidad de duelar, algunos autores coinciden con que el niño duela desde los 6 meses, con otros que sostienen que es en la adolescencia, y no antes, cuando se puede hablar de duelo. La importancia de reconocer que la pérdida de un ser querido ,configura un desenlace muy triste y de mucha angustia, para un niño que se encuentra vulnerable y en construcción de su psiquismo, fue el gran aporte de este recorrido.

Por último, el cuarto capítulo es sobre los niños y la muerte. En la cotidianeidad los niños viven situaciones de pérdida, fallece una mascota, un vecino, un familiar querido. ¿Cómo se relacionan con la muerte? ¿Existe el miedo a la muerte independientemente de que haya ocurrido la pérdida de un ser amado para el niño? ¿Los adultos hablan de muerte? ¿Existen edades para los miedos? En términos generales constituye un primer acercamiento a pensar la muerte desde la comprensión psíquica del niño.

Para finalizar se exponen unas consideraciones finales, en las que se esbozará algunos lineamientos generales donde el trabajo permitió arrojar luz.

Cap. I. La muerte desde una visión antropológica

“Los seres humanos sienten horror hacia la muerte y, al mismo tiempo, están cerca de ella. La segunda paradoja surge porque los seres humanos piensan que pueden tener una vida después de la muerte”

(Morin, 2011)

Por medio de un largo proceso en nuestra historia filogenética, es que se desarrolla la autoconciencia y la conciencia de muerte en la humanidad. Los registros arqueológicos han servido para dar cuenta de ello. Precisamente con el advenimiento del Homo Sapiens es que la prehistoria y la antropología, se han conjugado para echar luz sobre estos conocimientos.

En este sentido, tal como menciona Thomas, L (1991)

Señalamos que la preocupación por la muerte ha ocupado un lugar privilegiado entre los mitos, ritos, las actividades creadoras de los hombres, pues la muerte es el acontecimiento universal e irrecusable por excelencia. Se trata de un acontecimiento que resulta familiar, en tanto que sucede cotidianamente, pero al mismo tiempo, y paradójicamente nos resulta desconocido, ya que siempre el que muere es el otro. Es además natural, aunque se nos presenta como una agresión; es también aleatorio, indeterminable, imprevisible, puesto que se desconoce el momento preciso en que llegará. (Citado .en Abt, 2004, pág.3)

Por su parte (Bacci, 2010) sostiene que la muerte se construye social y culturalmente, más allá del plano biológico. A partir de la muerte, se generan una serie de formalidades necesarias (duelo-luto) para que el sujeto se ubique en un contexto social, psíquico y afectivo que le permita elaborar el conflicto propiamente humano existencial.

Desde la antropología de la muerte (Abt, 2004) menciona que ésta se conforma según dos aristas: por un lado el difunto y todo lo que concierne a ello (sepulturas, ofrendas,

etc) a quién también se añaden los mandatos morales, desde los sobrevivientes. Y por otro lado, el registro simbólico que ocasiona este hecho natural. A partir de la materia física (el cadáver) junto con sus creencias, emociones y actos que provoca.

Aries (1999) ha periodizado la actitud ante la muerte, según la cultura y la sociedad occidental, a lo largo de los años y conforme al avance de la ciencia. A continuación se mencionarán brevemente los períodos historizados, planteados por el autor.

Le denominó período de la muerte domesticada, al tiempo que transcurre entre el S.XV y el S.XI, dónde la muerte ocurría con normalidad, dando aviso previo. No sucedía de manera repentina, ni el sujeto era sorprendido. Si ocurría de ese modo, se vinculaba directamente a una maldición. Luego sobrevino el período de la muerte propia, durante el S.XII al S.XV, aquí se conoce que la muerte implica el fin y la descomposición. Se comienza a dar sentido a la biografía. Al tomar conciencia sobre lo que implica la muerte, los individuos sienten amor y pasión por la vida.

Sobre el S.XVI los cementerios son alejados del centro de la ciudad. La muerte es cercanía, lejanía, ruptura y continuidad.

Posteriormente hacia el S.XVII le llamó período de la muerte clericalizada: ya que en este período la iglesia toma mayor preponderancia en el mundo. Lo religioso está por sobre todo. El hombre y sus pensamientos son dominados por el clero. Por lo que se denominan como ceremonias de la iglesia, el velatorio, el duelo y el cortejo fúnebre. El acto del velatorio y todo lo que esto significa, genera impacto en este período, sobretodo mirar el cuerpo muerto. Luego, entre el S.XVII y hasta el S.XVIII. fué llamado período de la muerte medicalizada: La muerte se aleja de lo meramente religioso y acontece como problema médico. Parafraseando a Foucault (1990) la sociedad inicia un período de “despegue” en el ámbito médico y sanitario, esto se visualiza en tres aspectos: 1- la biohistoria: refiere al efecto biológico, que puede ocasionar la intervención médica sobre la especie humana. 2- La medicalización propiamente dicha: considera al cuerpo humano, su propia existencia y conducta, insertas dentro de una red de medicalización cada vez más amplia. La investigación médica avanza minuciosamente, al igual que las instituciones de salud. 3- Economía de salud: refiere a la incorporación de la salud, en su mejoramiento, servicios y consumo, al desarrollo económico de las sociedades más privilegiadas.

A partir del S.XIX hasta la actualidad rige el período de la muerte invertida: Esta fase según el autor, se caracteriza por negar el duelo, rechazar a los difuntos. El hombre se ve destinado a recurrir a profesionales para realizar los diferentes ritos fúnebres, ya no

es dueño de su muerte. Tampoco se piensa a sí mismo como muerto. Siempre participamos de la muerte como espectadores, decía Freud (1915) desde lo inconsciente es ser humano se cree inmortal.

En este sentido García (2008) afirma:

Somos conscientes de que el dogma último impuesto por todas las culturas, es la inmortalidad, en un camino que no refuerza otra cosa que la mortalidad, la inevitable muerte personal y trabaja por resolver con fuerza las limitaciones humanas, en contra de la causalidad que lleva a la muerte, a favor de la metaforización de la vida y del papel social de la misma, que incluye el papel del ser humano (pág.14)

Podemos decir que la tendencia es general, a nivel inconsciente y a nivel social-cultural, se cree en la inmortalidad, más allá de que el final es inexorable.

Cap.II. Conceptualizaciones psicoanalíticas sobre el duelo: Freud, Lacan, Allouch, Klein

Freud definió el duelo como “El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (1917/1993, pág.238)

En Duelo y Melancolía el autor compara al duelo con la melancolía. Menciona que el primero es la reacción que se genera a partir de la pérdida de una persona amada. En este estado, encontramos que no existe perturbación del sentimiento de sí, (yo) sino que es el mundo el que se ha hecho pobre y vacío. Cuando el yo se entrega al duelo, no existen otros propósitos ni intereses, también se pierde el interés por reemplazar ese objeto de amor perdido. No es considerado un estado patológico, pero sí trae aparejado ciertas conductas nuevas o diferentes en la vida de las personas. Lo esperable es que en un tiempo prudencial, esto se pueda superar. (pág.240)

Por el contrario, la melancolía se asocia a ciertos cuadros clínicos. Desde el punto de vista anímico, existe un desinterés por el mundo exterior, inhibición, se pierde la capacidad de amar. Así mismo, dichas características también se pueden encontrar en el duelo. También existe una pérdida, pero en términos de ideales. Decimos que en la melancolía, el objeto no siempre está realmente muerto, sino que se perdió como objeto. En este caso la pérdida es traída por la conciencia. Característica que no se da en el duelo. El yo en la melancolía se siente vacío, se denigra, se reprocha, se castiga, su autocrítica se infunda en el pasado. (pág.240)

Laplanche y Pontalis (1996) -entienden como trabajo de duelo- un “Proceso intrapsíquico, consecutivo a la pérdida de un objeto de fijación, y por medio del cual el sujeto logra desprenderse progresivamente de dicho objeto” (pág.435). Esta definición está basada en los escritos de Freud sobre Duelo y Melancolía (1917/1993) quien le da un giro al concepto de este fenómeno psíquico, dónde todo se centraba en el dolor de esa pérdida, en la muerte de un ser querido. El mismo entiende que antes de llegar a esa etapa, existió un proceso previo de actividad y elaboración psíquica por parte del sujeto. El yo poco a poco comienza a ligar su energía libidinal, se da un desprendimiento de lo que estaba ligado al objeto perdido, precisamente sobre cada una de los elementos, entre ellos los recuerdos, que formaban parte de ese objeto, “Dándole muerte al muerto”. (pág. 239)

Otros autores plantean el duelo desde distintas ópticas, por ejemplo: se puede aplicar el nombre duelo a un estado de ánimo peculiar o a un proceso psíquico normal o patológico, así como también a una ceremonia de vida, donde se realiza un rito social. El duelo social, se lleva adelante por un grupo de personas que mantienen ciertas conductas acordadas de los que se hace y a las cuales otros sujetos se adhieren. (Paciuk, 1998)

Cuando nos referimos al duelo se trata de la reacción de una persona, ante la muerte de un ser querido. A partir de este hecho, los seres humanos manifiestan un conjunto de fenómenos en el ámbito psicológico, biológico y social. El duelo es un proceso adaptativo, "se va elaborando". (Ordoñez & Lacasta, 2004)

Por su parte (Battista, 2011) plantea que la cuestión del duelo en Freud se centra en la conjunción de afecto y trabajo. Entiende que son dos cosas diferentes y deberían tomarse como tales. El duelo no podría reducirse a un proceso afectivo, ya que la ausencia se constituye en falta por medio de un trabajo de elaboración. "Entonces, lo que vulgar y estrictamente se llama "elaboración de duelo" es hacer de lo perdido una falta" (pág.20)

El proceso es descrito de tal forma por Freud (1917/1991), la realidad pone en alerta al yo, de que el objeto amado ya no existe más, es necesario desprender la libido de los enlaces que existan en ese objeto. Sin embargo, no es una tarea sencilla para el ser humano, acceder a esta desligazón de la libido. Como consecuencia puede haber cierto extrañamiento de la realidad y una retención del objeto, por medio de una psicosis alucinatoria de deseo. Lo normal es que el yo continúe adherido a la realidad, aunque no sea de forma inmediata. Ya que hay un gran desgaste de tiempo y energía de investidura, de ejecutar pieza por pieza cada uno de esos recuerdos y expectativas donde la libido estaba aferrada al objeto, que ahora debe censurar, sobreinvertir, pero aún permanecen en lo psíquico. Esta operación resulta extremadamente dolorosa para las personas que pasan por esto. No hay una explicación en términos económicos, de porque causa tanto dolor, pero es natural que así ocurra. Sin embargo luego de realizar el trabajo del duelo el yo vuelve nuevamente a ser libre y desinhibido. (Freud, 1917)

Lacan (1959) presenta el trabajo de duelo como "(...) una satisfacción dada al desorden que se produce en virtud de la insuficiencia de todos los elementos significantes para hacer frente al agujero creado en la existencia, por el empleo de todo el sistema significativo en torno al menor duelo" (pág.132).

El autor menciona una pérdida real, pérdida de la vida entendida como el agujero real, donde se da una falta de significante, que es esencial en la estructura del Otro. Vuelca su teoría hacia la relación del significante con el falo. El punto central en la teoría radica en la relación con el objeto, el duelo no consiste en sustituir el objeto perdido, sino en cambiar su relación con él, este cambio implica pensar el objeto, como objeto de deseo. El duelo posibilita una recomposición de significantes, ante el vacío que se genera en lo real, dando lugar a una redistribución de goce. Finalmente con una nueva modalidad de goce se vincula con otro objeto. El proceso de duelo para Lacan, va mucho más allá del alivio, del dolor o la aflicción (Lacan, 1959, pág.133)

Se destaca brevemente que Lacan realiza una interpretación de su teoría, por medio de la obra de Shakespeare: Hamlet. En el cual observa un duelo edípico, es decir todos los duelos, de alguna manera ocurren en consecuencia de ese duelo. Se relaciona con el mito de Edipo, con el asesinato primitivo del padre. Desde el mito, se cree que matando al padre, el joven se acopla con la madre.

Menciona que la castración se da en el plano de lo imaginario, sin embargo agrega que lo sorprendente en esta tragedia de Hamlet, en relación a lo edípico, es que el falo todavía permanece allí, a pesar de que el padre fue asesinado. El mismo, está encarnado en Claudio (el usurpador del trono, tío de Hamlet). Destaca que de lo que se ha tratado todo el tiempo, es del falo de Claudio. En términos generales, Hamlet le reprocha a su madre, el haberse quedado con su tío, a poco de haber muerto su padre. Dice de ella que está satisfecha, porque le han devuelto el fatal y fatídico objeto, real, el cual siempre fue el centro del drama. En última instancia, debido a los bagajes de la interpretación, sugiere suplantarse el término Rey por Falo. (Lacan 1959, pág.136)

Resulta interesante la perspectiva de Battista (2011) quien basada en aportes lacanianos menciona la elaboración del duelo en tres sentidos: trabajo simbólico, la ausencia se transforma en falta; trabajo imaginario: refiere a la construcción de fantasmas que acontecen durante este proceso. En el mismo, se pierden las identificaciones imaginarias que se relacionan con el objeto perdido; trabajo real: es cuando se admite la inexistencia del objeto/ de un ser querido. El trabajo de duelo culminará cuando se atraviese por estas tres fases. (pág.28)

Allouch (1997/2011) plantea que no se puede comprimir el duelo en un trabajo. Existe un largo camino, entre un trabajo y lo que éste llama "sujetivación de la pérdida" (p.9). En ocasiones, resulta oportuno establecer el duelo como un acto, donde el sujeto experimenta una pérdida a secas, sin ninguna compensación. Parafraseando

una obra de Shakespeare: "My heart is in the coffin there with Caesar" utiliza esta frase para desplegar el duelo en dos sentidos, por un lado: "Bueno, si, está allí, y lo abandono en ese sitio que ahora reconozco que le corresponde" entendiéndose al duelo como un acto, y marcando el final del mismo. Expresa que sólo de esta manera, se está entregando el muerto a la muerte. La pérdida en ese caso es sustituida por un "pequeño trozo de sí", siendo indistinta a las dos partes afectadas por la misma (el muerto y el que está de luto). Por otro lado, la misma frase de Shakespeare, puede tener otra lectura: "Sufro porque mi corazón está en ese ataúd, no está en su sitio pues me fue arrancado por la muerte". Aquí se hace referencia a quien está de duelo. Esta acepción del duelo según el autor, toma preponderancia a partir de la primera guerra mundial, debido al quiebre universal desde lo que es la muerte, muerte a secas, sugiere una pérdida, con la ausencia de ritos fúnebres. (pág.10)

Klein (1940) por su parte, retoma la importancia sobre el juicio de realidad que menciona Freud. Considera que existe una relación entre el juicio de realidad en el duelo normal y los procesos mentales tempranos. Compara los estados mentales por los que atraviesa el niño con el duelo en los adultos, menciona que estos tempranos duelos se reviven posteriormente, cuando el individuo atraviesa una situación de dolor. Destaca que por medio del juicio de realidad, el niño logra superar los estados de duelo. Para Klein, el juicio de realidad es equivalente a lo que Freud denominó trabajo de duelo. (pp. 415-417)

La autora plantea que el destete en el niño, es un estado mental y lo denomina "posición depresiva". En este sentido, el objeto del duelo es el pecho materno y todo lo que en él concierne, el pecho, la leche, el amor, la bondad, la seguridad. De esto también surge la situación edípica, relacionada a las frustraciones del pecho, que causan dolor y preocupación y atentan contra los "objetos buenos" u "objetos internos". Estos son los que se internalizan desde los padres, el niño incorpora a sus padres dentro de él, a través del vínculo y el relacionamiento y de cómo experimenta esas fantasías inconscientes. De esta manera se va conformando en la mente del pequeño, su mundo interno inconsciente, las experiencias reales se conjugan con las experiencias del mundo interior mediado por sus propias fantasías e impulsos. Según como esté conformado el contexto del niño, es cómo éste va a poder superar su dolor, sus pérdidas. En una familia que predomina la paz entre los individuos y con su yo, el amor, la confianza, se construyen sentimientos de seguridad, armonía e integración. Manteniendo a salvo los objetos buenos. Por el contrario, la falta de cariño, de alegría, de contacto con los seres queridos, disminuye la confianza en él, aumenta la

ambivalencia y ansiedades sobre la aniquilación interna y persecución externa. También enlentece el proceso por el cual se logra la seguridad interior. (Klein, 1940)

En términos de posiciones no es algo lineal lo que ocurre, sino que se expresa como proceso, de ir integrando momentos, fases o etapas del desarrollo.

Así lo menciona Paciuk (1998)

La teoría de las posiciones formulada por Melanie Klein es un ejemplo de este pensamiento en el campo del psicoanálisis. La posición no es un estado, algo en lo que se está. El sujeto no está sino que es actor, lo que hace es tomar posición, tomar partido en la organización del campo de su peripecia. El cómo se organiza este campo puede ser comprendido en los dos grandes modelos propuestos por Melanie Klein, el esquizo paranoide y el depresivo, modelos de relación de objeto (relación con el otro en definitiva), los que su vez se articulan como momentos de un proceso relacional en el que se constituyen tanto el sujeto como el objeto. Ambas posiciones son modelos teóricos y en el interjuego de ambas pueden quedar comprendidas las diferentes instancias que pautan una vida. (pág.11)

De esta manera, se entiende qué según como se de la relación con el objeto, es el modelo que tiende a predominar.

En este sentido se menciona que los duelos esquizo paranoides, están relacionados a la pérdida de un objeto que se entiende es un ser querido, haciendo foco en el objeto interno y no e6n la persona como tal. El doliente siente necesidad de ese objeto, tiene sentimientos hostiles y de ambivalencia, transita la pérdida del objeto, de la misma manera que transitó la vida con el objeto. En cuanto a los duelos reparatorios refieren a asumir el objeto muerto, perdido y junto con esto, una nueva unión con el objeto, en tanto lo vivo que perdura de éste, en este sentido ambos se modifican y la reparación involucra a las dos partes. (Paciuk, 1998)

Por otro lado la psicoanalista destaca la existencia de una interacción constante entre las ansiedades de la madre externa e interna, considerando a la madre externa como la real y la interna como lo interiorizado por el niño. Menciona que en la mente del niño están conectadas ambas, de la cual entiende que actúan como un “doble”. Cuando las experiencias externas se internalizan (esto ocurre desde el nacimiento del bebé) se hacen “dobles” de las situaciones reales. Por medio de este proceso de internalización el niño también adquiere conocimientos y nuevas experiencias, que deberán ser adecuadas a su realidad psíquica, ya que también van acompasando el crecimiento de la realidad exterior. Para mantener un buen relacionamiento con el mundo exterior es

necesario vencer el caos interior o también denominada posición depresiva y haber internalizado de forma segura los objetos buenos. De igual manera, a través del desarrollo emocional, físico e intelectual es que el yo se fortalece para luchar contra la posición depresiva.

En un duelo, el individuo vive una pérdida real de una persona amada, normalmente este dolor es aumentado, ya que en sus fantasías inconscientes también se pierden los objetos buenos. Siente que su mundo interno está en peligro y que predominan los objetos internos malos.

Para la autora, el doliente reincorpora al fallecido, así como también reinstala sus objetos buenos internalizados. Haciendo referencia a sus padres amados, quienes iniciaron desde fases muy tempranas del desarrollo su mundo interno. Se reactiva la posición depresiva temprana y junto con esto ansiedades, culpa, dolor, sentimiento de pérdida y temores de persecución, relacionados con la experiencia frente al pecho.

Es posible vencer el duelo, si se adquiere de forma gradual la confianza en los objetos externos, así el sujeto que esté transcurriendo por este momento, puede fortalecer su confianza con el objeto amado, perdido y aceptar que no era perfecto.

Cap.III. Duelo en niños

“(...) la noción de ausencia definitiva que implica la muerte, no puede ser aprehendida por un niño, si no media un trabajo psíquico que requiere ser sostenido (...)”

(Scalozub, 1998)

¿El infante duela?

Pelento (2002) plantea que existen dos líneas de pensamiento muy diferentes. Por un lado, un grupo de autores que sostienen la idea de que hasta la adolescencia, no están dadas las condiciones para realizar el trabajo de duelo, debido a lo que esto implica: aceptar el examen de realidad, separar uno a uno los lazos que unían a ese objeto. Los mismos afirman que llegar a la adolescencia es necesario para realizar ese trabajo, ya que este momento estructural, implica un proceso de desasimilación de las figuras parentales. Por otro lado, otros autores mantienen la idea de que desde pequeño, el niño es capaz de elaborar duelos. Aunque reconocen que es necesario saber ciertas especificidades en cuanto al momento de estructuración del psiquismo, los mecanismos que se ponen en juego, tipo de afectos cercanos, etc. Por este motivo es que tampoco sería correcto encasillar el trabajo de duelo a cierta edad, sino que lo importante a considerar es: en qué momento de la estructuración psíquica se encontraba el niño cuando ocurrió la pérdida. (pág.36)

En este sentido se abre una línea de debate que conduce a la constitución del psiquismo del niño y su vivencia psíquica, que no precisamente acompañan los parámetros esperados a nivel cuantitativo, en edad cronológica, ni madurez cognitiva.

Respecto a la función de la pérdida en el aparato psíquico, autores americanos sostienen que la pérdida de objeto es accidental, en tanto que para los autores ingleses y franceses la pérdida es estructural. Asimilar la pérdida en este sentido “europeo” posibilita elaborar el duelo “aún en una forma rudimentaria, como sostuvieron Ekelson y R. Grinberg puede darse en una época más temprana cuando se hayan elaborado las categorías de presencia y ausencia”. (Pelento, 1998 pág.33)

Características del duelo en la infancia

El debate sobre la importancia de la edad del deudo aún genera controversias, algunos autores han sido un tanto más específicos a la hora de abordar la situación, expresando edad y características de cómo el niño entiende la muerte.

Así lo plantean Ordoñez & Lacasta (2004)

El concepto de muerte es abstracto y complejo y la forma de abordarlo va a depender de muchos factores: edad, educación, aspectos emocionales, creencias religiosas, etc. Hasta los 3 ó 4 años hay una ignorancia relativa del significado de la muerte y no se considera como algo definitivo. Se suele confundir la muerte con el dormir. Entre 4 y 7 años, la muerte sigue siendo un hecho temporal y reversible, y los muertos tendrían sentimientos y funciones biológicas. Pueden preguntar cómo come el fallecido o si va al cuarto de baño. También puede haber “pensamientos mágicos”, en el sentido de que pueden creer que un mal pensamiento de ellos causó esa muerte. Entre 5 y 10 años, la muerte sería final e irreversible, pero los muertos conservarían algunas funciones biológicas. En muchos niños antes de los 10 años, la muerte sería irreversible y consistiría en el cese definitivo de todas las funciones biológicas. En casi todas estas edades, el hecho de la muerte le ocurre a los demás y no se piensa en una muerte propia. (pág.124)

Autores como Mesquida, Seijas & Rodríguez (2015) también han estudiado de forma minuciosa las características y formas de entender la muerte en función de la edad del niño. Afirman que el concepto de muerte se va modificando de acuerdo al desarrollo cognitivo, sin embargo consideran que es fundamental que la información brindada al infante, sea adecuada para su momento evolutivo. Sostienen que hasta los 2 años, los niños no tienen el concepto de muerte, pero si son capaces de percibir la ausencia de la persona fallecida. En esta etapa son altamente susceptibles a los cambios que causa la pérdida en su rutina habitual. Los niños de 3 a 6 años tienen un pensamiento egocéntrico, literal y mágico. Entienden la muerte como un estado temporal y reversible, piensan que la persona fallecida está dormida, no entienden el concepto de irreversibilidad, ni el de universalidad (aceptar que la muerte afecta a todos los seres vivos), pueden llegar a pensar que es una enfermedad contagiosa. El egocentrismo característico de estas edades, puede hacerlos pensar que la muerte se ha ocasionado por su culpa. Se observan reacciones de perplejidad y confusión, como las más habituales. Sobre los 7 años, los menores adquieren el concepto de

irreversibilidad e insensibilidad de la muerte, y a los 9 o 10 años el de universalidad. A esta edad empiezan a mostrarse preocupados por el bienestar de familiares cercanos y también por el suyo propio, además de hacerse muchas preguntas relacionadas con la pérdida. Pueden aparecer síntomas relacionados de ansiedad por separación. A partir de los 10 años, el concepto de muerte es similar al de los adultos, son más conscientes de los cambios que puede implicar en su vida y es habitual que se pregunten por su propia muerte y lo que esto supone. (Mesquida, et al., 2015, pág.419)

En líneas generales, los autores (Mesquida, et al., 2015; Donzino,2003;Pelento 2002) plantean que existen tres grandes diferencias entre el duelo adulto y el duelo de los niños en la primera infancia, éstas son: la negación, la facilidad para disfrutar en situaciones agradables, capacidad para no perder la autoestima aún en un momento de mucho sufrimiento. Por otro lado, es frecuente que los niños pequeños muestren sintomatología somática: alteraciones del sueño y/o alimentación (pesadillas, anorexias tempranas) enuresis, encopresis y dolores abdominales o regresión a etapas anteriores del desarrollo. Enfermedades recurrentes (otitis, anginas, trastornos gastrointestinales). También se detecta desaparición repentina del desarrollo intelectual, afectivo o motor. En conjunto con esto, son habituales los problemas de conducta, dificultad para concentrarse o atender a tareas escolares, manifestaciones de hiperprotección hacia seres queridos, hiperactividad o apatía, confusión, etc. Entre las reacciones emocionales más usuales se encuentran la irritabilidad, el rechazo, la tendencia al aislamiento, los tics, los rituales, las fobias, la tristeza, la ansiedad, y el incremento en los miedos en general (a extraños, a la soledad, a la oscuridad).

Varios autores coinciden en poner foco sobre las condiciones psíquicas en las que se encuentra el niño, para poder hacer frente al examen de realidad que el proceso de duelo implica. Entendiendo que es éste un psiquismo en construcción. (Scalozub 1998; Pelento,2002; Donzino,2003).

Por su parte Scalozub (1998) plantea la elaboración del duelo en la infancia, tomando en cuenta la estructura y el funcionamiento mental infantil, así como también los mecanismos defensivos que los niños desarrollan frente a una pérdida significativa. Menciona que en algunos casos estos mecanismos pueden ser: actividad autoerótica (succión del pulgar), retraimiento afectivo, negación, desmentida. Asimismo agrega que la angustia y el dolor psíquico invaden al niño, cuyo psiquismo está en constitución, lo cual puede derivar en una situación traumática. Este proceso promueve un vacío, que genera incapacidad de enlaces , el pequeño no logra dar

significado a lo acontecido. Sin embargo, sostiene que el aporte de creencias que traen los adultos a cargo, sirven a los mecanismos defensivos para sobrellevar mejor el dolor y la angustia.

La autora sostiene que la mayor dificultad para el niño, es soportar el dolor psíquico, la necesidad del otro significativo “del que depende”, lo que hará que el dolor para su psiquismo inmaduro, sea intolerable ante una pérdida. “El dolor en el niño, está más cercano en su expresión, al dolor corporal” (pág.373)

Por otro lado Donzino, (2003) fue más explícito y contundente, manifestando la inquietud con una interrogante:

¿Está el niño en condiciones psíquicas de realizar ese examen de la realidad y promover que su yo decida por las satisfacciones narcisistas de la vida, cuando la percepción del tiempo, la relación con la realidad y la construcción de su narcisismo responden, como investigó Winnicott, a un proceso gradual que implica al tiempo, donde esos objetos externos son su apoyatura...? (pág.41)

Se han realizado diversos estudios y teorías en el área del psicoanálisis que abarcan el fallecimiento de un ser querido para el niño (madre, padre, familiar cercano, vecinos, mascotas) como el mencionado en el párrafo anterior, sobre uno de los progenitores. El punto coincide en la pérdida de un objeto amado para el niño.

El modo en que los niños son capaces de elaborar la pérdida de un ser querido, (Franco & Mazorra, 2007) está relacionado a factores intrapsíquicos, así como también a factores externos. Los primeros tienen que ver con la elaboración de la posición depresiva primaria y los recursos propios para elaborar la pérdida. Los externos se asocian a la relación que mantenía el niño con la persona perdida, al vínculo con el progenitor superviviente, a las circunstancias en que se produce la pérdida, a la información que se le brinda al niño, a la dinámica familiar, al tipo de muerte, a cambios en la rutina cotidiana del niño, a las posibilidades de entendimiento sobre lo que le sucedió al fallecido. Estos elementos están vinculados directamente con las posibilidades de elaboración del adulto referente (padre superviviente) y el resto que de la familia que rodea al infante. (pág.505)

Se destaca que en este proceso, es importante considerar la “categoría tiempo”, ya que toma total relevancia. Es fundamental que exista en el niño un pasado, un presente y un futuro para que el niño pueda elaborar una muerte. (Pelento,2002.

pág.65). En este sentido se plantea la noción de tiempo, con el fin de historizar, de dar continuidad a la vida, de asimilar lo que sucedió y entender que fue, es y será parte de la historia de cada uno.

Pérdida del padre o la madre

Cuando un niño se ve enfrentado a la muerte de alguno de sus padres, la conmoción suele ser particularmente intensa, ya que su psiquismo en formación los necesita como soporte narcisista, como sostén identificadorio, como figuras receptoras a sus movimientos pulsionales. (Ihlenfeld, 1998)

La pérdida del padre o de la madre es considerada para el niño, una experiencia que afecta la manera en que éste estructura su mundo. Según (Ordoñez & Lacasta, 2004) El proceso de duelo para los niños se divide en tres fases; Protesta: el niño añora amargamente al progenitor fallecido y llora suplicando que vuelva; Desesperanza: el niño llora intermitentemente, comienza a perder la esperanza de que el padre/madre vuelva y puede pasar por un período de apatía; Ruptura de Vínculo: comienza a demostrar más interés por el mundo que lo rodea, a la vez que empieza a renunciar a parte del vínculo emocional con el fallecido.

A raíz de un estudio clínico de investigación cualitativa con niños en proceso de duelo (Franco & Mazorra, 2007) por la muerte de uno o ambos padres, se ha podido observar el sentimiento de desamparo que predomina en la fantasía de los niños, sintiendo una profunda amenaza en su sobrevivencia física y emocional. Se sienten abandonados por la persona que murió (padre-madre) al perder a dicha persona, también se está perdiendo una organización familiar anterior, ahora la familia debe reorganizarse con esta pérdida. La mayoría de los niños que fueron estudiados, en mayor o menor intensidad, demostraron haber tenido la fantasía de ser culpables de la muerte del progenitor. Esto es importante ya que la culpa persecutoria puede obstruir el proceso de elaboración del duelo, generando ambivalencia emocional. Dicho estudio ha arrojado que el padre superviviente y el resto de la familia se encuentran muy frágiles y en muchas ocasiones no consiguen ofrecer el soporte emocional que el niño necesita, en ese caso pensar en una psicoterapia puede ser lo mejor para la contención del niño y su familia. (pág.509)

Varios autores han observado y descrito sobre las alucinaciones, sueños y añoranzas de encuentro entre el niño y el padre/madre muerto (Gómez et, al. 2018; Pelento,2002; Scalozub, 1998)

En este sentido (Scalozub,1998) observa la capacidad de una niña de recrear un encuentro imaginario y deseado con su madre recientemente fallecida, dónde se visualiza que al sobreinvertir la representación del objeto perdido, comienza a esbozarse la separación del mismo, habilitando a la niña de 4 años, a la posibilidad de simbolizar e historizar.

Niños con Lenguaje- sin Lenguaje/ Ausencia- Presencia

Desde el punto de vista freudiano no hay escritos concretos sobre el duelo en niños, sin embargo, Freud desarrolló aspectos que ocurrían en la vida psíquica de algunos niños, en cuanto a la separación transitoria y la pérdida por fallecimiento de figuras parentales (Ihlenfeld,1998 pág.40)

Tal es el caso sobre el juego del carretel o también llamado “Fort Da” (se fué- acá está), el cual lo presenta como el primer juego del infante.

A propósito de este tema, menciona Rodolfo (1989)

Durante mucho tiempo este juego de aparición y desaparición quedó consagrado como siendo también la manifestación de la actividad lúdica en su originariedad, al tiempo que función primera asignable al juego, nada menos que poder simbolizar una desaparición, una pérdida, dar representación a la ausencia. (pág, 121)

Es a partir de la observación a su nieto de dieciocho meses, que Freud desarrolla esta teoría. El juego consistía en que el pequeño tenía un carretel y lo lanzaba desde su cuna, atado con un piolín a la vez que pronunciaba “oooo” (fort) en español (se fué) y lo atraía tirando del piolín, haciéndolo aparecer al sonido de “da” (acá está). (Freud, 1920/1984)

También es plausible de incluirlo en el proceso de trabajo de duelo, en cuanto a los binomios planteados: presencia-ausencia. Lo simbólico, el significante, permite al niño

crear un espacio de espera entre la madre y el pequeño. Lo relevante en el duelo es que el factor tiempo –la espera del niño- es determinante para generar esa ausencia, la pérdida, en este caso es permanente.

La ausencia, causa del deseo, del sujeto y de la actividad de representación, nos envía al de Eros. Es en este sentido que Green le adjudica a Eros una "función objetalizante" y a Thanatos "des-objetalizante" (Green, 1996) (citado en García, 2009, pág.92)

Autores como Donzino (2003) destacan la importancia de lo simbólico, intrapsíquico, para el procesamiento de la ausencia- presencia del objeto amado en el proceso de duelo. Sostiene que cuando fracasa lo simbólico representacional, sobreviene la melancolía.

En este sentido la pérdida y la ausencia, implican inexorablemente pensar en términos de simbolización y de representación. Algunos autores observan expresiones de duelo a partir de los seis meses de edad, en esta edad se puede decir que el niño siente angustia de la separación, cuando su madre está ausente. (Ordoñez & Lacasta 2004, pág.122)

Para pensar en las pérdidas (Donzino,2003) es necesario caracterizar cada momento de la estructura psíquica; Antes de los seis meses de edad, la capacidad simbólica de que el niño ha sufrido una separación (singularmente con la madre) no permite una representación psíquica, que entienda el objeto como externo a él. Esta pérdida no adquiere el significado que merece, sino que es como una ausencia infinita, como un agujero en su cuerpo. Sólo a partir de que el niño adquiera lenguaje y simbolización del objeto como ausente, y sea capaz de distinguir entre lo animado e inanimado, pasado, presente y futuro y relaciones causa-efecto, sólo a partir de allí, se puede mencionar teóricamente que es un duelo en sentido estricto. Previo a ello, la pérdida, será significada como abandono o inscripta como vacío. Sin embargo, la adquisición del lenguaje, entre los dieciocho meses y los dos años, marca el período donde la palabra aporta el mayor poder de ligadura representacional. La capacidad de experimentar culpa y la fantasmaticación de escenas –posibilitada por la existencia de símbolos e imagos– permitirá el despliegue lúdico y la interpretación de los hechos según los modelos pulsionales predominantes. (pág.53)

Sobre los adultos: Silencios o Palabras

En primer lugar, según (Pelento,2002) es importante destacar que el niño percibe la muerte de un ser querido, de alguien que le rodee. Y es preciso darle información al niño sobre lo ocurrido. La información que el adulto pueda brindarle a éste, es la prueba de realidad de una muerte. Lo ideal es ir respondiendo las preguntas e inquietudes que surjan en el niño, ya que decir la verdad es un proceso. La información debe comprender tres elementos: por un lado, decirles el nombre de la persona que murió, nombrando el vínculo de ésta con el niño; en segunda instancia decirles cómo murió (en caso de ser asesinato, suicidio, etc, la información se tornará más compleja); por último mencionarles dónde está el cadáver. La información sin excesos siempre es necesaria. La hiperinformación, puede situar al niño a ocupar lugares que no le corresponden. (pág.62)

En la misma línea (Mesquida, et al. 2015) sostienen que “los trabajos publicados hasta la actualidad han demostrado que una comunicación adecuada cuando tiene lugar la pérdida de un ser querido facilita el proceso de elaboración del duelo y puede evitar su complicación en los niños. (pág.418)

En otro sentido, los aportes socioculturales y las creencias religiosas que traen los adultos en ocasiones sirven para sobrellevar el dolor y la angustia, esta función del adulto apunta a que el niño pueda ir conociendo la realidad “dosificadamente”, creando un campo de ilusión. (Scalozub1998.pág.370)

Un estudio comparativo realizado en dos niñas de 4 y 6 años (Gómez, et al., pág.193) ha demostrado qué según la participación que le otorguen en la muerte del padre/madre genera impactos diferentes y formas de resignificar la muerte. Tal es el caso de una de las niñas, la cual la involucraron en todos los rituales que le hicieron a su padre al morir, fue al entierro, a la iglesia, a la misa y al velatorio. Conoce todo sobre la muerte del mismo, las circunstancias en que se produjo, los detalles, lo manifiesta tal y como se lo han contado sus familiares. Así lo describía su tía “ al principio cuando íbamos al cementerio, ella se acostaba en el pasto y le hablaba en secreto al papá, le contaba como todas las cosas que hacía, lo que pensaba y ya, pero de hecho ya eso ni siquiera lo hace, ella va le pone las flores al papá y ya”.(pág.193) En este sentido se concluye que la niña ha entendido la muerte como algo definitivo, el episodio vivido en el cementerio, permite alejar la muerte de un juego transitorio, marcando la idea de ausencia material del ser querido, no obstante asimilar la ausencia como algo definitivo y no transitorio, se considera un proceso psíquico complejo. Se destaca en

este sentido el adecuado posicionamiento simbólico de los adultos a cargo, como catalizadores, favoreciendo el entendimiento de la muerte y a la pérdida que esto conlleva.

En este sentido, el proceso del duelo lleva a que cada niño deba recurrir a una particular exigencia de trabajo psíquico, para ello necesitará de la disponibilidad personal y mental de los adultos que lo rodean. Al mismo tiempo, que el proceso puede quedar obstaculizado, si los adultos que lo sostienen no le ofrecen representaciones que le permitan trabajar mentalmente la pérdida. Es el niño quien queda sujeto a las posibilidades de transmisión verbal que tengan el padre que vive y el resto de la familia, para poder recurrir a las palabras que den cuenta de las representaciones vinculadas a la pérdida. (Ihlenfeld, 1998, pág.50)

Para finalizar (Pelento, 2002) menciona que es importante acompañar al niño en su trabajo de comparación y observación diaria, ya que éste puede comparar las prácticas y rutinas familiares y sociales que se hacen en la actualidad, con las que se hacían antes. La muerte de un ser querido marca un antes y un después en la vida de un niño y su familia. Por ejemplo: ahora va al cementerio, antes su tío no lo llevaba a la escuela, su abuela no vivía allí, etc. Estos nuevos hábitos, lo ayudan a devenir lentamente en el examen de realidad. Pudiendo generar nuevas emociones y preguntas, donde conecte la historia del objeto perdido, con su propia historia libidinal (pág.41)

Cap.IV. Los niños y la muerte

“En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad”.

(Freud, 1915)

Existen diferentes perspectivas para abordar la temática del miedo en los niños, el mismo ha sido objeto de estudio e investigación (Valiente, Sandín & Chorot, 2011) han planteado que el miedo puede ser bueno y malo para un individuo. Es bueno en la medida en que puede advertir sobre un peligro potencial y malo cuando se instaura en una persona y le advierte sobre un peligro inexistente. Se lo considera adaptativo, desde el punto de vista evolutivo: anticipa un peligro; filogenético; tenemos miedo a determinados estímulos, objetos y situaciones y no a otros (miedo a las arañas, a las alturas, a las serpientes) también lo abordan desde el punto de vista ontogenético: en ciertas etapas del desarrollo tenemos miedo de algunas cosas y no de otras.

A continuación se expondrán algunos aportes de autores que abordan el tema del miedo a la muerte en niños, por estar vinculado a la temática del duelo en niños.

Para(González & De la Herrán, 2010) el miedo puede percibirse como: funcional, ya que cumple con funciones biológicas, psicológicas y sociales, es una reacción instintiva y aplicada a estímulos subjetivamente peligrosos; conlleva un aspecto evolutivo, debido a que no tiene las mismas manifestaciones físicas en el niño que en el adulto. Remite al cuerpo, al daño físico y a su consecuencia extrema: la muerte, a partir del miedo físico se adquieren otros miedos psíquicos y sociales. A su vez, genera un importante elemento de distorsión de las percepciones.

Por otro lado, afirman que los niños entre 3 y 5 años no sienten el peligro, porque no lo reconocen, pero si se alertan al ver el temor en los adultos ante situaciones potencialmente peligrosas, así aprenden a temerlas. De esta manera, comienzan a aparecer en los niños los miedos como propios “miedos delegados” (González & De la Herrán, 2010, p.143)

Al entrar en los 3 años, los miedos infantiles se diversifican (Sánchez, 1997) (citado en Valiente et, al. 2011) Entre éstos, surge el miedo a la muerte, miedo a animales, miedos a fenómenos naturales (truenos y rayos), miedo al daño corporal y a enfermedades, estos miedos también se desplazan a personas con túnica blanca, que intentan pesarlos, etc. Miedo a la muerte (propia o cercana) y a los símbolos de muerte, miedo a situaciones sociales y a relaciones de violencia. Según las observaciones, también pueden mantener algunos miedos propios de edades anteriores, como pueden ser: a dormirse, a los ruidos, a la oscuridad, a caerse, a cosas de gran tamaño relativo (reales o imaginarias), al dolor físico a caras y gestos extraños; comienzan los miedos a animales peligrosos y lejanos como pueden ser los cocodrilos, tiburones, leones, etc. La autora sostiene que en los miedos se esconden sus propios sentimientos agresivos y el temor al ataque de los demás.

Por su parte Rodríguez (2000) manifiesta que los niños carecen de un conocimiento innato sobre la muerte, el significado de la muerte se aprende mediante la experiencia y la elaboración de modelos aprendidos. Pero el niño es capaz de comprender en la medida en que los adultos sean directos y recurran a la verdad de los hechos. La muerte no es un fenómeno ajeno a la vida infantil, ya que los niños entran en contacto frecuente con situaciones que se refieren a ésta (muerte de animales, entierros que pasan por la calle, muerte de familiares, muertes en la televisión). Afirma que actualmente, la muerte se considera un tabú y hablar de ella es morboso. Expresa que los pequeños carecen de comunicación e información adecuada con respecto a este tema, es así que se genera un clima de desconfianza y distancia entre el niño y el adulto, que lleva a aumentar el miedo y el rechazo a la muerte. Del mismo modo, sostiene que la manera en que se trata a un niño en una cultura que niega la muerte y la manera en que los padres se defienden de sus hijos, desempeña un papel significativo en el desarrollo del niño. Los padres se protegen a sí mismos, de los sentimientos de desesperanza y vulnerabilidad delante de la muerte y por ello se separan sin darse cuenta de sus hijos.

En la infancia, la actitud ante la muerte está en función del nivel de comprensión de los conceptos que el niño tenga en torno a la muerte (Gala, Lupiani, Raja, Guillén, González, Villaverde & Sánchez, 2002) hasta los dos años, no suelen comprender situaciones graves, sin embargo se ha evidenciado aflicción.

Señala Rodríguez (2000) sobre los 3 o 4 años comienza a surgir el miedo a la muerte, más por el desamparo que les produciría la muerte de sus seres queridos, entiende que el también puede morir, apenas se asume la propia muerte. En este período, la

autora entiende que expresan su ansiedad con respecto al morir, ansiedad que deriva del miedo a que sus propios impulsos agresivos tengan consecuencias negativas hacia él como castigo o consecuencia de éstos.

En la etapa de la niñez se suelen desarrollar juegos para controlar el miedo y/o la pena que les evoca la muerte, también pueden producirse cambios de conductas ante la muerte de familiares tales como: desobediencia, agresividad, mal rendimiento escolar y acentuado interés por el tema de la muerte, a veces asociado al hecho de dormir. (Rodríguez, 2000)

La muerte del otro, para (Rodríguez ,2000) genera la sensación de que la muerte no le puede afectar a uno, pues quienes mueren son los otros (pág.116)

Desde una mirada psicoanalítica y en clara oposición a la idea de miedo a la muerte como uno de los más frecuentes (Nominé, 2016) sostiene que el miedo es un afecto muy común en los niños.

Para el sociólogo Yonnet (2006) (citado en Nominé, 2016) resulta interesante resaltar que los miedos en los niños, tienen poco que ver con el miedo de la muerte como fenómeno real. “Si la amenaza de muerte ha retrocedido y si el niño es ahora un niño asegurado de haber sido deseado, no por eso el miedo ha retrocedido en él” (Nominé,2006 pág.1) Remarca que la fobia no tiene relación alguna con la angustia frente a la muerte.

(Mata & Giussi, 2001) aseveran que el miedo a la muerte, sólo puede ser abordado en función de la particularidad de cada caso. De la misma manera que afirman que en el ámbito de la medicina paliativa el “problema de la información” sólo puede plantearse en función de qué sabe y qué pregunta cada sujeto, así se orienta la intervención evacuando las dudas de un niño que se confronta con la enfermedad y la muerte de un familiar. Aclaran que abordar la cuestión del saber desde el psicoanálisis (más específicamente desde la hipótesis del inconsciente) supone introducir la perspectiva de que algo puede saberse y desconocerse al mismo tiempo. Así, recuerdan que Freud muestra que el conocimiento racional sobre la muerte puede convivir con la creencia renegatoria en la propia inmortalidad. Afirma el inconsciente como estructura más allá de las edades, disuelve la diferenciación tajante entre niños y adultos en relación con la muerte. (pág.21)

La psicoanalista Dolto (1971/1974) por su parte, entiende que el niño no conoce la muerte, la define como: “una frustración de agresividad muscular y de agresividad afectiva más grandes que otras, es decir, en el nivel de su comprensión: inmovilidad

forzada, mágicamente muy muy muy larga, y ausencia del ser amado (por tanto, castración afectiva), muy muy muy larga”. (pág.124). La autora identifica el temor a la muerte y el miedo a la muerte. El temor es normal, la muerte nos espera a todos y el ser humano se vuelve inferior a esta, lo que se conoce es que implica la desaparición total del ser. Mientras que el miedo se caracteriza por ser racional, y sobreviene sólo ante su inminencia. Por otro lado, menciona la angustia, ésta no depende de amenazas exteriores. Las mismas, sólo actúan, cuando encuentran en el niño sentimientos de ambición imaginaria.

Para finalizar (Allouch, 1997) afirma “aún cuando su muerte se ha vuelto la más espantosa, no hay más que niños, sea cual sea su edad, que mueren. Se le miente al enfermo sobre su estado como se miente a los niños enfermos, por deseo de protegerlos”. (pág.155)

Consideraciones Finales

Considero que replantearse una temática en función de la infancia, requiere reconocer que estamos ante un psiquismo en construcción, frágil. Visualizar la realidad en la que está inserto el niño ante un proceso de duelo, ahondar en su singularidad, conectarse con ese sufrimiento, es un desafío para los adultos que lo rodean, así como para la sociedad. Es importante cuestionar ¿Siempre es necesario recurrir a una intervención psicológica? Podemos decir que la situación se tornaría más compleja si los adultos no pueden brindar el sostén y acompañar al niño en ese proceso, en los casos dónde fallece uno de los padres, por ejemplo, el padre superviviente debe hacer frente a la situación, mientras él mismo también atraviesa el duelo.

Cada niño vive el duelo de forma diferente y cada niño tiene un sostén familiar diferente. Reconocer que es un momento de ruptura, de quiebre en el psiquismo, que formará parte de su historia libidinal y de la historia que tuvo con ese objeto que perdió, pero también es importante rescatar el lugar que ocupa ese objeto y él mismo en las personas que rodean su entorno actual. (Pelento, 2002).

Algunos autores consideran que “educar para la muerte” (Gallego y Lacasta, 2004) a los niños desde los primeros años de vida, lo consideran como una perspectiva positiva, para poder aceptarlo como un hecho natural, que nos rodea en cada momento. Ciertamente la cuestión sería ¿Cuál es el fin de ésta educación? ¿Generaría alivio al dolor o despertaría ansiedad y miedo?

Es importante considerar los tiempos como propios y de cada uno. Existe un primer tiempo dónde se ponen en acto renegaciones, vacío psíquico, desligue de pulsiones, confusión, tiempo de identificación con el objeto perdido.(Scalozub,1998) (Franco & Mazorra, 2001) Y posteriormente la permanencia de la ausencia, podrá desencadenar al examen de realidad.

En fin, por lo estudiado y trabajado, la monografía también indica un llamado de atención a la salud psíquica de los adultos, para evitar la inquietud, el desborde pulsional y emocional, de los pequeños, ya que son los adultos, los referentes más importantes para éstos, los que libidinizan, encargados de brindar contención y amor. Es frecuente acudir a la psicoterapia sobretodo en estos casos, tanto adultos como niños, para dar sentido a lo acontecido.

La interrogante que sin duda se desprende es ¿Cómo proteger un psiquismo en construcción, en medio de los avatares que el mundo de hoy nos impone? -Desde las cuestiones tecnológicas, la forma de relacionarnos y vincularnos, la comprensión de las dinámicas familiares, el manejo de la información, la trivialidad con la que se manejan determinados asuntos y de cómo aprehendimos a vincularnos con los niños-. No sólo basándonos en fundamentos psicoanalíticos, sino que engloba diversas áreas y disciplinas sociales.

Desde el área del psicoanálisis quedan abiertas nuevas interrogantes para continuar pensando el duelo y la relación del niño con la muerte. Así como también otros cuestionamientos, ¿El miedo a la muerte, no concierne el miedo a la vida? Sin duda que es una temática abierta y de la que habrá que seguir abordando, dentro de las limitaciones que el propio inconsciente atañe.

Referencias Bibliográficas

- Abt, Analia (2004) *El hombre ante la Muerte: Una mirada antropológica*.
- Allouch, J. (1997). *Erótica del Duelo en Tiempos de la Muerte Seca*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Literales.
- Ariès, Philippe (1999) *El hombre ante la muerte*. Madrid. España. Editorial Taurus.
- Bacci, P. (2010) *La muerte y el duelo en la hipermodernidad*. Montevideo, Uruguay: CSIC, UdelaR.
- Battista, A. (2011) El problema del duelo. *Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud*. Núm.11.pp.17-30. Recuperado desde: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4547155>
- Dolto, F (1974) *Psicoanálisis y pediatría*. Buenos Aires, Argentina. Editorial S.XXI.
- Donzino, G. (2003). Duelos en la infancia. Características, estructura y condiciones de posibilidad. *Revista Cuestiones de infancia*. pp. 39-57. Recuperado desde: <http://dspace.uces.edu.ar:8180/jspui/handle/123456789/282>
- Franco & Mazorra (2007) Criança e luto: vivências fantasmáticas diante da morte do genitor. *Estudios de Psicología Companias*. Vol.24. Núm.4 pp.503-511. Recuperado desde: https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0103166X2007000400009&script=sci_arttext&lng=pt
- Freud, S. (1984). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas* (Vol. 18, 7-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920)
- Freud, S. (1993). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1917).
- Gala, L. Lupiani, M. Raja, R. Guillén, C. González, J.M. Villaverde, C. Alba, I (2002) Actitudes Psicológicas ante la muerte y el duelo. Una revisión conceptual. *Cuadernos de medicina forense*. Núm.30 Recuperado desde:

https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwiehKun0-fsAhVFA9QKHSsKAFwQFjAAegQIAxAC&url=http%3A%2F%2Fscielo.isciii.es%2Fscielo.php%3Fscript%3Dsci_arttext%26pid%3DS1135-76062002000400004&usg=AOvVaw3awRGJxzAhfeCd2QKTbxj1

García, M (2008) Re- pensar la muerte: Hacia un entendimiento de la antropología de la muerte en el marco de la ciencia. *Revista cultura y religión*. Recuperado desde: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2785668.pdf>

García, J. (2009) La Muerte y el Objeto. 90-117. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. pp. 90-117. Recuperado desde: <https://pesquisa.bvsalud.org/portal/resource/pt/psa-74787>

Gómez, A. Arenas, D. Duque, J. Gómez, M (2018) Duelo en la infancia: la constitución de la pérdida y la muerte en la niñez. *Textos y sentidos*. Vol.9. pp. 181-203. Recuperado desde: <http://revistas.ucp.edu.co/index.php/textosysentidos/article/view/111>

González, I & De la Herrán, A.(2010) Sobre los miedos y la muerte en educación infantil. *Tendencias Pedagógicas*. Vol.1. Núm.15 pp.145. Recuperado desde: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3222370.pdf>

Ihlenfeld de Arim, S.(1998). Duelos en la infancia. *Revista uruguaya de psicoanálisis*. Núm.88 pp.39-54. Recuperado desde: <http://www.apuruquay.org/apurevista/1990/1688724719988803.pdf>

Klein, M. (1940). El duelo y su relación con los estados maniacodepresivos. Recuperado de <https://clea.edu.mx/biblioteca/El-duelo-y-su-relacion-con-losestados-maniatico-depresivos.pdf>

Lacan, J. (1958-1959). Seminario seis: El deseo y su interpretación. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Laplanche, J & Pontalis, J.B (1996) Diccionario de Psicoanálisis. Barcelona. Paidós.

Mata, M & Giussi, J (2001) Acerca del decir, los niños y la muerte. *Ediciones del Seminario. MedPal*. Vol.20. pp.18-21. Recuperado desde: https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwiri63UyufsAhX8LLkGHR2EDWUQFjACegQIAhAC&url=http%3A%2F%2Fsedici.unlp.edu.ar%2Fbitstream%2Fhandle%2F10915%2F8498%2FDocumento_co

[mpleto.pdf%3Fsequence%3D1%26isAllowed%3Dy&usg=AOvVaw0tLCL3nK9IRXS_dslXacfr](#)

Mesquida, V, Seijas, R. Rodríguez, M. (2015) Los niños ante la pérdida de uno de los progenitores. *Psicooncología*. Vol.12. Núm 2-3. pp417-428. Recuperado desde: <https://pdfs.semanticscholar.org/c47a/586c9804846ee6b6c956ad388271228629b8.pdf>

Nominé, B. (2016) ¿ De qué tienen miedo los niños? Recuperado desde: <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwjSsJaMz-fsAhUsF7kGHaWYARkQFjAAegQIAhAC&url=http%3A%2F%2Fwww.foropsicoanalitico.paisvasco.org%2Farchivos%2Ftextosforo%2F2016%2FMiedo-ninyos-B-Nomine.pdf&usg=AOvVaw2DChNzvyFve2XyaISUIKBU>

Ordoñez. A & Lacasta, MA. (2004) El duelo en los niños (la pérdida del padre/madre) *Manual SEOM de Duelo en Oncología*. Madrid. pp.121-36.

Paciuk, S. (1998) Duelos depresivos y duelos reparatorios. *Revista uruguaya de psicoanálisis*. Recuperado desde: <https://www.apuruquay.org/apurevista/1990/1688724719988806.pdf>

Pelento, L. (1998). Duelos en la infancia. *Revista uruguaya de psicoanálisis*. Núm. 88, pp.24-38. Recuperado de <http://www.apuruquay.org/apurevista/1990/1688724719988802.pdf>

Pelento, L (2002) El niño y la muerte. Información del hecho; comparación de prácticas sociales y familiares y producción subjetiva. *Revista Sociedad Argentina Psicoanalítica*. Bs. As. pp.31-72.

Rodríguez, M (2000) "Génesis y evolución de actitudes ante la muerte en la infancia". *Cuadernos de Bioética*. Vol.11. Núm. 45 pp.113-118 Recuperado desde: <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwjri63UyufsAhX8LLkGHR2EDWUQFjAAegQIARAC&url=http%3A%2F%2Ffaebioetica.org%2Fvistas%2F2000%2F1%2F41%2F113.pdf&usg=AOvVaw1jOo1iQ1bOiV7r6cnxrw46>

Rodolfo, R. (1989). El niño y el significante: un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana. Buenos Aires: Paidós

Sánchez, A (2011) Entrevista monográfico, Edgard Morin. *Métode*. Núm.67. Recuperado desde:

https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwiP6cOMI-fsAhVWHbkGHW55DLEQFjAAegQIAxAC&url=https%3A%2F%2Fmetode.es%2Frevistas-metode%2Fentrevista-monografic-revistas%2Fedgar-morin-3.html&usq=AOvVaw2l0lxjLh_Nz0uKKT7YY_SL

Scalozub, L (1998). El duelo y la niñez. Más allá de las fronteras del psicoanálisis. *Revista Psicoanálisis AP de BA*. Vol. XX. Núm. 2, pp. 367-383. Recuperado de <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Scalozub1.pdf>

Valiente, R. Sandín, B. Chorot, P. (2011) Miedos en la infancia y la adolescencia. Madrid, España. Edición digital.

<https://books.google.com.uy/books?id=3x1nq3u8Kh8C&printsec=frontcover&hl=es>

